

Luto temprano para una muerte agónica

Era una fría tarde invernal. El sol se hundía tras la sierra exhalando sus últimos rayos contra mi ventana, vertiendo una tenue corriente dorada sobre el suelo de mi pequeño salón. Oía las voces que emanaban de la televisión, cortadas por el hormigueo de la estática; como si se tratara de una conversación ajena, apenas podía distinguir las palabras sueltas que de vez en cuando llamaban mi atención. Pronto sería de noche; el frío incidiría más aún.

Encontraba refugio en mi vieja silla de madera, sentado tan cerca del radiador como me era posible sin llegar a quemarme. Últimamente, siempre tenía frío. Igual daba que estuviera allí o no, que llevara un abrigo, una manta o un edredón; la gelidez que me sobrecogía no venía de fuera. Prefería no pensar en ello, pues no quería especular sobre qué implicaba aquello. A menudo se dice que sólo donde hay calor hay vida -no, no quiero pensarlo-. Desde hacía tiempo había cargado con sensaciones familiares y a la vez extrañas, como amigos a los que no has visto desde hace mucho tiempo. No... no... más bien, como desconocidos que, casualmente, tienen el mismo nombre de alguien cercano. Me sorprendía esa similitud y buscaba otros parecidos en esos rostros extraños que a base de empeño encontraba, aunque no había ninguno. Este frío que ahora me acompañaba me recordaba al frescor que viene con el invierno, pero no era el mismo. Este sopor continuo me recordaba al traído por una noche en vela, pero no era igual. Este cansancio... este cansancio era el más nuevo y extraño; sólo se comparaba a la pesadez que sigue a una larga caminata. Pero incluso en ese momento, tras horas de estar inmóvil, no me abandonaba.

Ignoraba cuanto tiempo había estado así, quieto, desapareciendo en mí mismo y dejando que los minutos corrieran hasta fundirse en un arrabio informe. Las claras voces de la televisión habían pasado a formar un murmullo indistinguible. Mis ojos eran incapaces de acostumbrarse a la creciente oscuridad, y la negrura me tragaba. Al más mínimo movimiento habría vuelto la luz, habría recobrado la consciencia de mis alrededores, estaba seguro, pero no lo hice durante mucho tiempo. No veía, no oía, todo mi mundo yacía sobre mis manos, mis pecosas, arrugadas y cansadas manos: un teléfono móvil.

Era un cachivache pequeño, rojo y negro, con forma de pastilla. Era imposible saberlo con certeza, pero lo había estado mirando durante horas. A cada minuto que su ligereza

se sobreponía un poco más a las fuerzas de mis viejos brazos; estaba cansado. Nos mirábamos silenciosamente, abstraídos el uno en el otro, pero yo me sometía totalmente a su merced. Él esperaba que yo desistiera y lo devolviera a su bolsillo, yo esperaba a que sonara.

No tenía derecho a molestarme porque no lo hiciera, pues no esperaba ninguna llamada. No tenía ningún compromiso, nadie estaba obligado a llamarme. Pero yo esperaba que alguien lo hiciera; me sentía egoísta y a la vez consternado al ver que no sucedía.

Ese día era como otro cualquiera, no había habido ningún cambio en mi rutina. Normalmente lo llevaba en el bolsillo de la camisa, al lado del corazón, o si no lo dejaba sobre el cenicero entre pequeñas monedas de cobre -céntimos y pesetas por igual-; todo lo que fuera para que si sonaba me enterara al instante. Entonces podía olvidarme de él, dejarlo estar, y concentrarme en cualquier otra cosa. Pero aquella tarde, por algún motivo, lo había dejado todo de lado para concentrarme en la espera de aquella llamada que no llegaba. Ahora creo entender por qué. Simplemente, no tenía otra cosa que esperar. Desde hacía meses todo lo que hacía desde que me levantaba hasta que me acostada era un telón de fondo para esas llamadas. No quería reconocerlo, pero lo cierto es que cuando te haces viejo no te quedan muchos motivos para levantarte.

Desde que mi Josefina murió hace dos años, el desayuno solo es una comida más. Pasear por el pueblo es sólo mover las piernas. La siesta es sólo otra forma de adelantar el reloj. El silencio se adueñó del hueco que ella dejó; hace mucho tiempo que esta casa no ha oído voz alguna.

El único motivo que me quedaba para no hacer de mi hogar una sepultura rondada por un afligido espíritu se lo llevó esa maldita plaga hará ya once meses. Esta quietud tan opresiva que a capricho me empuña el corazón hasta hacerme blanquecer sólo tenía una escapatoria que ha quedado totalmente cortada. Durante los primeros meses sin Fina guardé mi luto, como Dios querría y como yo necesitaba, y después pude salir y caminar; pensadamente, sí, pero libre al menos. El recuerdo de su muerte pendía sobre mí como la sombra de mi sombra. Sin embargo, el sol lo aplacaba, la difuminaba hasta ahogarla en la negrura de mi silueta y hacerla casi invisible. La terraza del bar del pueblo, donde se congregaban los suaves rayos de sol, la fresca custodia del olmo, el plácido rumiar de las conversaciones propias y ajenas y la rica cerveza servida en impolutas jarras, compartida felizmente con los parroquianos habituales: compañeros de trabajo, de misa o de cañas,

era igual. Esa jovial estampa me había dado un invaluable consuelo tras la partida de mi Fina. Si antes mis mañanas y mis tardes se habían nutrido de aquella afable compañía como un delicioso capricho, en la viudedad me servía como único sustento.

Y entonces aquel bicho, aquel virus, llegó a nuestro recóndito pueblo. Ya antes de su venida otros nos habían dejado: Marcelo, Eustaquio, María del Carmen y Evelio ya yacían en el cementerio. Cada vez había menos mesas. Las que quedaron primero engrandecieron conforme enriquecíamos viejas amistades con el abono del luto, sólo para volver a empequeñecer. Se crearon pequeños islotes, aislados pero amistosos unos con otros, y uno de ellos era el de Manuel, de Alberto y mío.

Los tres éramos del pueblo; nos habíamos criado y crecido aquí, educado aquí, trabajado aquí, sido padres aquí, y seguros estábamos de que moriríamos aquí, tal y como nuestras familias lo habían hecho durante generaciones. Ahora parece iluso creer que no seríamos el último eslabón de la cadena. No sabíamos nada. Aunque nos costó verlo, nuestros hijos no eran nosotros. Los criamos juntos, y disfrutamos viéndolos correr por los mismos caminos de tierra que nosotros, jugar bajo los míos árboles, explorar las mismas grutas y descubrir las mismas pequeñas maravillas que el valle se guardaba para la audacia que trae consigo la infancia. Nos hicimos ilusiones tontas acerca de ellos, dejamos de verlos para proyectar sobre ellos la imagen de una juventud revivida, como la que nosotros habíamos tenido y como la que nuestros padres y sus padres habían tenido. No, por supuesto que no, aunque el mundo de allá fuera cambiara el pueblo seguiría igual, debería seguir igual. Ciertamente, el bar acogió una televisión hace ya sesenta años, y luego todos acabamos teniendo una. Lo mismo pasó con el teléfono. Todo eso estaba bien, pero no suponía nada más que una pequeña celebración. No fue hasta que vimos a nuestros hijos que por fin caímos en la cuenta de hasta qué punto el mundo había se había infiltrado en el valle. Un día vino del colegio hablando del instituto. Sabía muchas más cosas que yo a su edad, y podría aprender mucho más. Se rompió esa imagen que me había hecho de mi pequeño y me di cuenta de que podía ser distinto a mí en tantas otras maneras, ser mucho más que yo. Tenía oportunidades de las que yo sólo había oído hablar. ¿Qué otra cosa podía hacer? Lo puse toda de su parte para que estudiara, y así lo hizo. Se fue a la ciudad a estudiar y se quedó para trabajar. Manuel y Alberto vivieron lo mismo, y nos apoyábamos mutuamente, reafirmandonos en lo acertado de nuestra decisión. Amábamos al pueblo con toda nuestra alma, cierto, pero no más que a nuestros hijos, y sabíamos que habíamos hecho lo correcto. Fina, a diferencia de mí, jamás titubeó, y de mis momentos

de flaqueza ella siempre sabía sacar la fuerza que me faltaba. Creo que, en el fondo, ella le quería más que yo, pues jamás vaciló en hacer lo mejor por él ni se dejó llevar por la idea egoísta de hacerle quedarse. Dios la bendiga.

Sí, Manuel, Alberto y yo, en la crianza de nuestros hijos, anduvimos juntos un tramo más del mismo sendero que habíamos recorrido desde que teníamos memoria. No obstante, ese fue el fin de nuestro camino común. Manuel fue el primero en irse. También había sido el primero en enviudar. Alberto y yo le dimos la compañía y el consuelo que, honestamente, ambos esperábamos necesitar más pronto que tarde. No obstante, el peso de su carga superaba nuestras fuerzas. Cruzar el umbral de su casa era un paso hacia un espacio singular, extraño en su inmutabilidad. El único signo del pasar de los días era el polvo acumulado en las repisas, sobre el suelo, danzando bajo la escasa luz a la que se le permitía paso. Todo lo demás seguía igual, congelado en el tiempo, todo salvo su único y solitario residente, cada vez más carcomido, más débil y gris. Su espíritu tenía un boquete por el que, gota a gota, se le escapaba la vida sin que nada pudiera pararlo. Alberto y yo no cesamos en nuestro empeño, y sustituimos el vigor del campo y la calidez del murmullo vecinal por la lobreguez del enclaustrado y la frialdad del silencio. Josefina me acompañó en muchas de estas visitas, amiga como era de la fallecida y del doliente, sin mayor éxito que el mío. No olvidaré jamás el brillo de su mirada en presencia de Manuel, y la sombra que enturbiaba sus ojos al salir de la casa, cuan negras lágrimas secas. Un día como otro cualquiera tocamos la puerta sin recibir respuesta. Tratamos de abrir y nos topamos con la cerradura echada, la primera vez que eso sucedía. Supusimos, de forma culposa, que se había cansado de nuestra hastiosa compañía y que deseaba que respetáramos su privacidad. Me pregunté si Alberto sentía la misma vergüenza e impotencia que yo, pero no lo compartí con él. El veto se mantuvo vigente durante una semana, hasta que recibí una llamada inesperada. Al otro lado de la línea se encontraba Manolito, el hijo de Manuel. Me dijo que hacía una semana que su padre se había puesto en contacto con él pidiéndole que le acogiera en su casa; no podía soportar seguir viviendo sin su familia. Manolito había acudido, y sin mediar una sola palabra de despedida, Manuel se metió en su coche y partió a la ciudad. Nunca más le volvimos a ver.

Antes del virus la mesa ya había perdido a un integrante. El siguiente fui yo. Tal vez debería haberlo visto venir; mi situación era similar a la de Manuel; viudo, con un hijo en la ciudad. No fue inmediato; de ninguna manera renunciaría a esas apacibles tardes junto a mis paisanos y mi mejor amigo; había visto por mí mismo los estragos del aislamiento.

Pero no dependía de mí, de ninguno de nosotros. Sencillamente se produjo, porque tenía que ser así, o porque no debería haber pasado nunca y eso bastaba para que sucediera. Esta soledad, este miedo y aislamiento son algo desconocido para mí y para todos los hombres de bien; nadie habría osado soñar con una sensación tal, con una opresión semejante, no porque sea especialmente insidiosa, o hiriente, sino porque es tan terriblemente extraña. Ni el miedo ni la penuria me son desconocidas. Aunque no tengo recuerdo de ello, mi madre apenas podía alimentarse a sí misma, ¿cómo iba a darme de mamar? Tan cerca tuve la muerte sin saberlo desde tan temprano. Sobre mis primeros recuerdos pende el ubicuo fantasma del hambre. Durante mi niñez y juventud se sumó a éste el hostigamiento del trabajo que apenas dejaba tiempo para nada más. En mi temprana adultez sufrí otro tipo de opresión, aquella respaldada por el miedo, esa que nos hace vigilar nuestras palabras, analizar nuestras compañías, aquel miedo de los demás, de los mentirosos, los envidiosos, los enemigos capaces de tornar a un poder mucho mayor que cualquier hombre contra él con una simple denuncia a la persona indicada. Pero este terror, este es distinto, no es comparable siquiera; temo a los que conozco como buenos, a los que quiero, a los que me veo forzado a apartar porque el propio aire que respiran trae la muerte, portadores inocentes de una carga ignominiosa y vírica.

Las noticias llegaron tarde, como siempre llegan al valle, y tras ellas, la enfermedad. Lo peor de todo es que esta no es más que la última y peor manifestación de aquello que lleva sucediendo tanto tiempo; es el mundo proyectando otra sombra más sobre esta pequeña comunidad, cada vez más desangrada. Al principio no presté atención, pues no soy dado al cotilleo. Algunos de los más jóvenes, como Joaquín y Ricardo, del bar, se mostraron inquietos ante esta enfermedad venida tan de lejos, demasiado lejos a ojos de los demás. A pesar de que habíamos vivido lo suficiente para notar los cambios, para comprender que la era en la todo lo que entraba en el pueblo lo hacía con el beneplácito de los vecinos había acabado, no creíamos que esto nos fuera a llegar. Alberto y yo seguíamos reuniéndonos en el bar cada mañana para el café y las cartas sin aprensión. Las charlas seguían siendo amenas, alguna vez aburridas, pero siempre reconfortantes. Mas, poco a poco, las alusiones al virus se hicieron más frecuentes. De semanal, a diaria, seguía siendo una palabra más entre muchas otras.

Entonces llegó marzo, y la mesa nos perdió a los dos. No merece la pena contar lo que fueron aquellos meses; no hay diferencia alguna con el presente. Desde aquel anuncio mi hogar se tornó en una celda, el mío y el de todos. Cuando perdí a Josefina ya había hecho

de mi casa un enclaustró, pero por mi propia voluntad, no como ahora. Mi bálsamo, el remedio de mi incurable soledad había desaparecido, y nuevamente había de existir en aquel limbo familiar, reconfortante en compañía y repudiable en aislamiento. Mi casa pertenecía a los dos fantasmas que la habitaban; el recuerdo de Fina, y yo mismo, cada día menos presente, más apartado del mundo, hasta que las horas se fundían unas con otras y el pasar de los días quedaba marcado únicamente por la salida y la puesta del sol. El calendario de la cocina aún me habla de días de marzo bajo una fina película de polvo. El reloj dejó por epitafio las tres y veinte, y luego calló para siempre.

Pero fuera, más allá de estos muros, la auténtica muerte existe y persiste. Cuando aún prestaba atención a las noticias oía hablar de ello, de números que no dejaban de incrementar. Cada vez más contagiados, y cada vez más muertos. Cientos, miles, decenas de miles, y siguen acumulándose. No soy idiota, sé que me quedan menos años por vivir que los ya vividos, y así ha sido desde hace mucho. Pero ese conocimiento era un rumor de fondo al que nunca presté atención hasta que, sin nada que me distrajera, he logrado captar las voces que lo conforman y comprender qué querían decir. Ahora no tengo donde escudarme, ni conversación, ni amistad ni amor. Sólo un debilitamiento continuo, tenue pero inoperable; una tensión prolongada; una nota sostenida que nunca cambia de tono.

Dicen que ya podemos salir. Ocasionalmente oigo voces fuera, y por la ventana he llegado a ver a paseantes que conozco de toda la vida. Pero los muertos seguían allí, y cada vez que mermaban, volvían a aumentar. Acabé por apagar la televisión y traté de olvidarme de todo, sin tener en cuenta el silencio y cuan peor podía ser. El aire se enralece, como si nadara entre brea, y poco a poco me ahogo en él; es insoportable. De modo que volví a encenderla, y así se queda todo el día, con un volumen bajo, tan bajo que tan sólo puedo apreciar la sugerencia de otra voz humana que no sea la mía, y nada más que eso.

Una voz, sí, una voz, eso es lo que necesito oír. Por eso sigo aquí sentado, incluso tiempo después de que el sol terminara de ponerse y me dejaran en tinieblas. Por eso sostengo el teléfono aún, arqueado incómodo sobre mi silla con miedo a quedarme dormido. Por eso espero la llamada de mi hijo.

No me dijo que llamaría hoy. No es una ocasión especial, en realidad no tiene motivo alguno para hacerlo. Sólo el deseo natural de un padre y el hastío de un anciano pueden crear tal anticipación, tan desesperada y patética. Aún no estoy ido, tengo una imagen clara de mí mismo. Reconozco mi indignidad, la paciencia propia del indigente que espera

unas monedas a las puertas de la iglesia. Aun así, no quiero llamarle. No por orgullo, sino por miedo a ser -a que me vea como- una molestia. Es un hombre ocupado, de capital, con una casa propia y una vida sin lugar a intrusiones de un viejo como yo. Lo sé, no son imaginaciones mías. Cuando llama oigo la prisa en su voz, el cansancio, la desgana. "Aquí, como siempre."; "no, no ha pasado nada nuevo"; "hoy me he tomado un café con Alberto"; "echo de menos a tu madre"; "¿crees que podrás venir un día de estos?"; le digo. "Ah, me alegro"; "vaya"; "bien, bien"; "sí, padre, yo también"; "lo siento, es un mal momento"; me responde. Siempre las mismas respuestas; a veces me pregunto si él tiene mala memoria o si cree que yo la tengo. O quizá no logra comprender cuánto significa para mí oírle y saber que sigue existiendo, que ahí fuera, en ese mundo extraño, mi hijo vive, y que vive bien. Que él es lo que más quiero en el mundo, y que sus llamadas valen para mí mucho más que cualquier otra cosa en mi vida. Qué suerte la mía, que fortuna que esa sea una de las pocas cosas que esta enfermedad no ha podido quitarme.

Y, aun así, siento que se me escapa, se desvanece en la lejanía y no puedo hacer nada. Quisiera hablar con él todos los días, pero no me atrevo a importunarle. Soy consciente de que su paciencia se pone a prueba siempre que me llama. No le culpo; nunca nos parecimos en mucho. Incluso cuando vivía aquí era un muchacho distinto a los demás, muy diferente de su padre. Supongo que la culpa es mía; yo siempre fui la sombra de mi padre y di por supuesto que él lo sería del suyo. Agradezco que él haya conocido una vida mejor a la que yo he tenido, pero día a día me voy dando cuenta de que es una vida en la que yo no tengo cabida. A pesar de todo lo que he hecho por él, no la tengo. Si lo aceptara podría dejar el condenado teléfono sobre la mesa, y entonces, ¿qué me quedaría? Sólo dos cosas; lo que me espera fuera, y lo que convive conmigo. Así que sigo sosteniéndolo.

Aún lo tenía en la mano cuando oí que alguien llamaba a la puerta. Súbitamente volví a encontrarme en mi salón, consciente de que la noche lo había reclamado; la única luz caía fría del televisor. Solté el teléfono con gran alivio; mi brazo se desplomó exhausto. Seguidamente, encendí la luz de la entrada, me puse la mascarilla y abrí la puerta.

El viejo Samuel se encontraba ante mí, con su largo abrigo, iluminado bajo una farola. Aunque llevaba la mitad de la cara cubierta en sus ojos pude leer la angustia.

-Dichosos los ojos, Ignacio. Hace mucho que no te vemos. ¿Qué tal va?- dijo nervioso.

-Aquí, -contesté- como siempre.

-Ah, vale, vale. -Se quedó en silencio. Era una quietud incómoda; habitualmente el preámbulo de una mala noticia. Le miré suspicaz, sin verdadera voluntad de contestar; mi propia voz me era extraña. Finalmente él retomó la palabra -Es que... ¿te has enterado ya?

-No. ¿De qué?

Empezaba a inquietarme. Él suspiró largamente.

-Ya, es verdad... ¿cómo ibas a enterarte? Esperaba no tener que ser yo el que te lo dijera, pero... en fin alguien tenía que hacerlo. Pues, verás... es Alberto. Se nos ha ido, Ignacio. Ha muerto hará cosa de una hora.

Le contemplé en silencio durante varios segundos y él hizo lo mismo. Una gelidez extraña se extendió bajo mi piel, seguida de un calor asfixiante. Mi corazón dio un salto y luego lo sentí detenerse en seco.

-Pero... pero ¿qué dices, hombre? Eso no puede ser, si nos hemos visto hoy. He ido a la tienda y me lo he encontrado allí, y nos hemos saludado, y estaba bien. ¿Cómo va a morir así de repente?

Samuel titubeó un instante antes de contestar. - Lo siento mucho, pero es verdad. Me lo ha contado su mujer. Ha llegado a casa hoy, con un poco de cansancio decía, se ha ido a echarse la siesta y ya no se ha despertado. De pronto, tal cual te digo. Creo que deberías saberlo, siendo tan amigos y desde hace tanto, ¿sabes?

Me miré las manos; los dedos me temblaban. Sentía la sangre írseme; adónde, no tenía ni idea. Intenté hablar y mi propia voz trató de ahogarme. Levanté el cuello para mirar a Samuel a los ojos, pesadamente, como si llevara una piedra atada al cuello. Su mirada compasiva me dio algo de fuerza.

-Gracias por avisarme.

-Creo que acabo de darte la noche, ¿eh? -contestó con un deje de arrepentimiento.- Lo siento, quizá debería haberme esperado hasta mañana.

Negué con la cabeza. Él meditó unos instantes su siguiente frase.

-¿Quieres subir a verlo? Aún sigue donde él mismo se tumbó.

Volví a negar. Empecé a cerrar la puerta todo lo rápido que me permitía la cortesía.

-Entiendo. Ah, sí, el funeral será mañana por la tarde. ¿Vas a venir entonces?

No había muestra de acusación o irritación alguna en su voz; en mi fuero interno le di las gracias por ello. Asentí silenciosamente y volví a darle las gracias sin saber muy bien por qué. Apenas logré oír su despedida antes de que la puerta se interpusiera entre nosotros. Presioné la frente contra la madera mientras oía sus pasos alejarse, y aún me mantuve así durante un largo rato. Tiempo después apagué la luz, volví al salón y me senté en mi sillón, lejos del radiador. Me quedé allí hasta que las luces del alba irrumpieron por la ventana.

En algún momento hube de caer rendido por el agotamiento a raíz de la noche pasada en vela, pues el sol se desplazó con una rapidez inusitada. Bien cierto era que las horas se me juntaban y separaban como compañeros de baile, pero aquel día estaba marcado por una enorme distinción; tenía algo que esperar.

No recuerdo nada de aquella gélida mañana. Sé que no comí nada y apenas bebí algo de agua, pues los rugidos de la tripa y la sequedad de mi boca me acompañarían durante el resto del día. No salí de mi sopor hasta que sonó el teléfono; por primera vez en todo el día -en lo que ya me parecía una vida- me sentí despierto de verdad. Me abalancé sobre el aparato con una velocidad que creía muy perdida y con dedos trémulos lo abrí antes de golpearme la oreja con él. La voz que salió de mis labios apenas pude reconocer como mía.

-¿Diga? – exclamé, dejándome todo el aliento en esa palabra.

-Ignacio, soy Manuel. Vamos a enterrar a Alberto en media hora. Sólo quería avisarte, por su al final venías. Me tenías preocupado; te has perdido la misa, pero aun puedes llegar a despedirte si sales ya.

Sentí una chispa de ira, inmediatamente sofocada por una fría ventisca que me hizo encogerme; de repente los hombros me pesaban demasiado. Asentí dos veces antes de darme cuenta de la inutilidad del gesto.

-Sí, voy. Gracias por recordármelo.

-De nada, hombre. Nos vemos.

Colgó. Me quedé escuchando el pitido unos segundos más de lo necesario, tal vez maravillado por haber utilizado el teléfono. Lo cerré y lo miré un momento más, frunciendo el ceño, antes de dejarlo sobre el cenicero con un ademán de reproche.

Registré el armario de mi habitación buscando algo apropiado que llevar. Hacía muchos años que no me ponía un traje; creo que la última vez fue en la comunión de mi hijo. Me paré a pensar y me dí cuenta de que él ahora tenía la misma edad que yo cuando me puse ese traje por última vez. Sin embargo, él no tenía hijos todavía. Me daba miedo que acabara solo, pero, en fin, la paternidad no es un remedio para ese mal, como yo bien podía atestiguar. En absoluto.

Al abrir la puerta de la calle tuve que mirar abajo al sentir la luz, pese a que el cielo estaba encapotado. Una suave capa de gris lo tapaba por completo. El ambiente era pesado, aunque la lluvia no parecía inminente. Miré a la lejanía; desde mi casa podía distinguir la arbolada que marcaba el camino al cementerio. Tras ponerme la mascarilla inicié la marcha.

No tenía reloj; ignoraba por completo qué hora era o si llegaba tarde. Por otro lado, no recordaba ninguna hora en concreto -bien podría ser culpa de Samuel o mía-; francamente, importaba muy poco. A paso lento recorría el pueblo con la mirada fija en mi destino. Mis únicos acompañantes eran el sonido de mis pasos y de mi respiración ajada. La desolación a mi alrededor se negaba a ser ignorada; reptó desde todos los ángulos, lenta y taimadamente, hasta que sentí su presencia sobre mi espalda. Allá donde mirara veía puertas cerradas sin un solo paisano descansando sobre los bordillos. El viento soplaba ligero, libre del peso del rumor de la conversación ajena. Patios vacíos se sucedían unos a otros, intercedidos por callejuelas estrechas que conducían a una esquina que representaba una oportunidad de ver a otra alma, una esperanza que me carcomía con creciente ansiedad. Nada. Nada. Creía oír un paso ajeno, pero eran los propios. Miré arriba, a los tejados, y no había humo. Las ascuas yacían grises e inertes en las chimeneas de las casas. Llevaba tanto tiempo encerrado que era difícil recordar qué casas estaban vacías, cuáles desocupadas y cuales abandonadas. La vejez y la ruindad son claros indicadores; de hecho, algunas jamás habían estado habitadas desde que yo tenía memoria. Pero eso era una ilusión, pues sabía de otras de aspecto acogedor, más incluso que la mía, que a efectos prácticos también habían quedado huérfanas. La casa del médico -el viejo Quique-, vacía desde hacía años. La de Manrique -el herrero-, igual. La de

Federico, el panadero, también. Lurdes, Javier, Consuelo, Lutero, Esteban... reconocía sus puertas y las sabía vacías.

Cuando salí de aquel laberinto de nombres sin dueños acabé en la plaza del pueblo. Un espacio abierto que no hizo sino reafirmar aquel páramo que había sido -era- mi hogar. ¿Podía renegar de él por estar vacío? ¿Era apropiado llamarlo hogar cuando me generaba tamaña angustia, tan profunda tristeza? ¿Era acaso distinto de mi casa? No quise seguir pensando en ello. Al pasar ante la tienda de la esquina puede al fin dar con otra figura humana en aquel paisaje innatural. Un hombre, cuya negra vestimenta contrastaba fuertemente con su pálida piel y su blanca y escasa cabellera. Mi propia imagen, reflejada en aquel escaparate, me devolvió la mirada. Verme de esta forma, en el centro de aquel yermo, con los ojos con los que me vería un extraño, consolidó todo cuanto había experimentado. A mi alrededor no había más que puertas cerradas que no conducían a nadie.

Entonces me percaté, por fin lo comprendí. Era el último que había quedado, el último en salvarse, no por un propósito especial, no como recompensa, sino por un deber: guardar el luto de un pueblo muerto y de una historia que había tocado a su fin. Año tras año, generación tras generación, desde mi abuelo, al suyo, al suyo y más allá, todos habíamos vivido y muerto aquí. Todos y cada uno de nosotros. Había visto a esta comunidad desde todos los filtros que provee la vida: la frescura de la niñez, la promesa de la juventud, la labor de la adultez y la decadencia de la ancianidad. Un pequeño mundo que se había mantenido entero, que se había renovado por su propia cuenta sin importar el paso de las décadas, había tocado a su fin. Y en aquel momento, vestido para la ocasión, me supe como aquel que presidía su luto. Aún no estaba muerto; el pueblo no podía morir hasta que yo mismo lo hiciera, hasta que todos los que quedábamos lo hiciéramos, y cuando eso sucediera ya no quedaría nadie para celebrar su funeral, para guardar el debido luto por un lugar que me había dado la vida y el mundo, que era, de hecho, mi mundo. Me negué a aceptar ese triste destino para mi hogar, porque sí, me reafirmé, era mi hogar, igual que Fina, mi Fina, había sido mi mujer, a pesar de cómo había envejecido, de cómo su bella melena había blanquecido, de cómo su rostro se había deformado con el tiempo tal cual el mío. La enorme tristeza y angustia que su enfermedad me trajo no me había impedido quererla hasta el final y llorarla hasta hoy. Mi amor, mi hogar; eran aún míos, míos, míos, y merecían ser recordados por quienes habían tomado sus frutos, incluso después de que enfermaran y se pudrieran. El virus se había impuesto, nos había hecho

penar terriblemente, pero nos había proporcionado la oportunidad de guardar el luto que nuestro pueblo se merecía por todo lo que había hecho por nosotros y nuestras familias durante siglos y siglos. Nadie le lloraría cuando no estuviéramos y esa injusticia era inaceptable, así que yo lloraría por él, en esta tarde de febrero, y lo enterraría junto a Alberto, presentando el debido respeto al muerto, y guardando un luto temprano para una muerte agónica, pero inminente.

Llegué al cementerio al cabo de unos minutos. Anduve sobre el camino de tierra con la mano en el pecho, respirando roncamente. A mis lados se extendían dos filas paralelas de cipreses y ante mí se abría la gran puerta de entrada en el camposanto; dentro se oían voces.

Me adentré y vi a los asistentes: todo el pueblo -todos los que quedábamos- nos habíamos reunido para despedirnos de Alberto. Era como contemplar una sierra nevada, montaña tras montaña coronada de blanco ante el ataúd. Gabriela, la mujer de Alberto, era la única en pie. Sus ojos hinchados destellaban con lágrimas, pero el resto de su rostro mostraba la sequedad que sucede al llanto. Ocupé una silla de muchas y escuché al padre Antonio officiar. Era un hombre evidentemente fuera de lugar; el más joven de los presentes y venido del pueblo de al lado. Nuestro cura, el padre Agustín, hacía tiempo que nos había dejado. Pero Antonio era un buen hombre. Creo que Alberto habría aceptado gustosamente que él le despidiera.

El servicio concluyó poco después. Quise sumar mi palada de tierra a la sepultura, pero mis brazos objetaron. Tomé un puñado con la mano y la dejé caer en el agujero. “Descansa en paz”, susurré dos veces mientras lo hacía.

Recorrimos la senda de vuelta en grupo sin mediar palabra, pero quiero creer que la calidez de la compañía no fue sólo mía. Poco a poco la marcha se fue desmigando conforme llegábamos a las casas. No miré atrás para comprobar si se prendía alguna luz a mi espalda. Por algún motivo no quería empañar la imagen que el pueblo me había dado aquella tarde.

Mi casa era la que quedaba más lejos del cementerio, después de la de Samuel. Antes de abrir su puerta se giró hacia mí. Le costó decidir qué decir.

-Bueno..., hasta luego, Ignacio. Hasta que volvamos a vernos. Sabes, he oído decir que están hablando de volver a abrir el bar. Podríamos ir cuando lo hagan.

-Eso sólo si resulta ser verdad.

-Ya veras que sí, hombre. Hay que ser más positivo. Aunque... bueno, da igual. Cuídate.

Oí cómo se cerraba la puerta, pero no miré. Llegué a casa poco después. No había comido en todo el día -en todo *un día*- pero no tenía hambre. Antes de dirigirme a mi cuarto miré el móvil por última vez. Al abrirlo la luz me cegó. Había una llamada perdida. Una sonrisa acudió a mi rostro y sentí una fuerte y bienvenida presión en el pecho. Antes de poder leer más la pantalla me sobresaltó con un segundo aviso. "Batería baja". El teléfono se apagó. Creí que me dolería más, pero no fue así. La frustración quedó ahogada por la alegría. Tanteando a oscuras enchufé el aparato al cargador. Contestaría por la mañana.

Me quité los zapatos, la chaqueta y la corbata; no pude hacer más. Estaba cansado, muy cansado. Me tendí cuidadosamente sobre la cama sin taparme siquiera. Un pensamiento furtivo se introdujo en mi mente.

"¿Era este el cansancio al que Alberto se había referido en su última conversación con su mujer?"

Desapareció tan rápido como llegó. Me dejé mecer por las sombras hasta que no existió nada más que ellas y yo. Entonces, poco a poco, se desvanecieron ellas también hasta que sólo quedé yo. Finalmente, yo mismo me desvanecí.